

La calle para el viernes 12 de noviembre de 2010

Diario de un espectador

Entre el pesar y la algarabía

Miguel ángel granados chapa

En el anfiteatro Simón Bolívar de san Ildefonso contendieron durante un momento el pesar y la algarabía. El primer sentimiento embargó a los presentes en el homenaje al dibujante político Rogelio Naranjo por la información sobre la mácula degenerativa que lo afecta y lo ha obligado a retirarse por un tiempo de *El Universal* y *Proceso*. Pero se impuso el regocijo, la alegría que suscita la admiración a una carrera en apariencia contradictoria, porque los cartones de Naranjo no están hechos para hacer reír y sin embargo, forman parte de una galería de humor gráfico capaz de lograr que aparezcan sonrisas en el rostro de sus espectadores (y también en el del autor mientras realiza su obra).

El acto organizado por la Universidad Nacional, con la presencia de su rector José Narro Robles, comenzó festivamente, a carcajada abierta, con la intervención de Antonio Helguera, un todavía muy joven y ya plenamente maduro caricaturista, principal impulsor del homenaje realizado el lunes. Montó una parodia (es decir trazó una caricatura gestual y verbal, con el ingenio ilustrado y mordaz con que fabrica sus cartones). Lamentó que el acto se realizara en un recinto universitario y no, como él había propuesto, en el hangar de la Policía Federal, un escenario especialmente dispuesto para atraer la atención de los medios, como ocurre cada vez que se presenta a un jefe del narcotráfico o de secuestradores. Por lo pronto, colocó un cartel con la sigla de la SSP sobre la mesa, para que los presentes se figuraran estar en aquel *set* glamoroso. Se fingiría que se presentaba al público a “El orange” o al “pozolero de Peribán”, acusado de varios delitos: acopio de talento, portación de humor de uso exclusivo e involuntario del gobierno federal, asociación delictuosa de ideas y maltrato de animales”, en alusión nada críptica a sus retratados. También dijo haber tenido la idea de decapitar a “El orange” y arrojar su cabeza en medio del público, pero el acto perdería sentido porque el homenajeado ya no podría disfrutarlo.

Elena Poniatowska dijo un discurso al mismo tiempo ligero y profundo, como es en general su prosa, Al describir a Naranjo dijo: “nada en él es vulgar o fácil, y todo detalle se vuelve portentoso. Portentosos los rostros hambrientos bajo el sombrero de paja y el rebozo, portentosos nuestros ex presidentes que sólo pasarán a la historia por ser caricaturizables, portentosos los múltiples retratos de Carlos Monsiváis, Tina Modotti, Gabriel García Márquez, Alejo Carpentier, Renato Leduc, Juan Rulfo, Efraín Huerta, Rosario Castellanos, Tito Monterroso y Carlos Pellicer”.

El rector Narro anunció que Naranjo donó a la Universidad Nacional sus primeros diez mil cartones (un acervo que su autor entregó digitalizado y clasificado). Esos dibujos, dijo el rector, servirán para enseñar y estudiar (suponemos que en la Escuela nacional de artes plásticas) y también para ser divulgados a través de exposiciones que la propia Universidad organizará. Poseído por el afán bromístico que Helguera impuso, Narro Robles dijo que a la entrega ya consumada de diez mil cartones deberá seguir la de los diez mil que aun falta que trace Naranjo. Y también con buen humor y ánimo solidario fingió reconvenir al artista para que ponga ya fin a sus vacaciones. Lo esperamos, prescribió.

Hombre de líneas más que de palabras, Naranjo sólo dijo: Gracias.